

de los mismos indios y Obispado, llamado Hurugueta-ro, de la guardianía de Tarimbaro. Pasó de largo, y andada otra legua y pasado un arroyo, llegó á decir misa al mismo pueblo y convento de Tarimbaro, donde se le hizo muy solemne recibimiento, con música de trompetas y chirimías, y con una danza de indios enmascarados que iban corriendo un toro contrahecho, danzando al son de un tamboril. Junto á la cruz del pueblo, á la entrada dél, estaba una procesion de mochachos y mo-chachas, con dos pendones pequeños, y fueron todos desde allí, delante del padre Comisario, cantando el *Te Deum laudamus*, en lengua mexicana, hasta llegar á la iglesia del convento, el cual se intitula San Miguel; está acabado, con su claustro, dormitorio y huerta, la iglesia se iba haciendo, y tenían entónces de prestado una de paja: moraban en aquel convento dos frailes, visitólos el padre Comisario, y detúvose con ellos aquel dia y el siguiente. El pueblo es de mediana vecindad, dánse en él higos, duraznos, manzanas y peras; cógese en aquella comarca mucho trigo, y apaciéntase mucho ganado mayor y menor junto á una laguna que está allí cerca, en la cual se pescan muchos vagres, aunque no muy buenos. Los indios de Tarimbaro y los demás de aquella guardianía son tarascos, y caen en el Obispado de Michoacan.

Lunes veintitres de Octubre salió el padre Comisario, ya salido el sol, de Tarimbaro, y pasada una cenaguilla junto á una estancia, y el rio de Guayangareo, atrás dicho, y andada una gran legua, llegó á la misma cibdad de Guayangareo, llamada tambien Valladolid; saliéronle á recibir un gran trecho del pueblo, el provisor y el cura, y algunos otros clérigos y caballeros es-

pañoles, y despues acudieron los alcaldes y otra mucha gente, con que llegó al convento, en el cual fué muy bien recibido de los religiosos dél. Está aquella cibdad fundada en unos llanos y páramos grandes y espaciosos, en tierra más fria que caliente, entra en ella un arroyo de agua buena que traen de lejos de allí, por una calzada, para beber y para servicio del pueblo. Las casas son de adobes, con alguna piedra y cal, los vecinos españoles son pocos más de ciento, y moran con ellos algunos indios tarascos y otros mexicanos, de los que se hallaron en la conquista; allí en aquel pueblo está la iglesia catedral, y allí tiene el Obispo su silla y residencia, despues que se pasó de Patzquaro, donde estaba antiguamente; sin esta iglesia hay una casa de la Compañía y un collegio, hay un convento de San Agustín y otro nuestro, el cual de muy antiguo se estaba cayendo, habíanle derribado la iglesia, é íbase haciendo de cal y canto, muy buena y fuerte, y para hacerla dió el rey aquel año cuatrocientos ducados de limosna, los cuales llevaron en dineros, de España allá, cosa bien nueva y nunca vista. Moraban en aquel convento, que se llama San Buenaventura, seis religiosos, visitólos el padre Comisario y detúvose allí hasta el domingo siguiente.

Lunes veintisiete de Octubre salió el padre Comisario de Valladolid á las tres de la mañana, y pasado un arroyo y el rio de Guayangareo, y más adelante una fuente, pasó cuando amanecía por entre dos pueblos que están un poco apartados del camino real, tres leguas de Valladolid, de indios tarascos, de el Obispado de Michoacan, visita de clérigos; el uno se llama Capula ó Xerengaro, y el otro Tantzicuaro. Pasó de largo sin entrar en ninguno dellos, y andada otra legua llegó á otro pueblo

llamado San Francisco, de los mismos indios, Obispado y visita. Pasó tambien de largo, y andada otra legua, casi toda de cuesta abajo, con una niebla muy espesa y oscura que le hizo mucho daño, llegó á una fuente de buen agua que está en el mismo camino, cerca de un pueblo despoblado; no se detuvo en ella, sino pasando delante, y andadas otras dos leguas de buen camino, y dejando á la una banda y á la otra algunos poblezuelos, llegó á las once del dia, muy cansado y fatigado, á la cibdad y convento de Patzcuaro, siete leguas largas de Valladolid; saliéronle á recibir muchos españoles de los que residen en aquel pueblo, y todos los indios principales, y hizosele mucha fiesta con música de trompetas y chirimías.

La de cibdad de Patzquaro está situada no lejos de una laguna grande, que llaman de Cintzuntza (de la cual se dirá adelante) entre unas costezuelas y llanos; tiene mediana vecindad de indios tarascos, entre los cuales hay unos pocos de mexicanos tecos, y entre todos hay muchos mercaderes y tratantes. Hay así mesmo oficiales de campanas y trompetas, flautas y chirimías, de las cuales se saca mucho número para toda la Nueva España, tambien se hacen allí las imágenes ricas de pluma; moran en aquel pueblo y en su comarca, en estancias, cuarenta españoles, casi todos mercaderes y labradores, de los cuales los más tienen sus casas tiendas en la plaza, la cual es grande y cuadrada y tiene en medio una fuente labrada de cantería, muy galana y curiosa, con ocho caños muy vistosos; los seis dellos son seis gentiles hombres, labrados de talla, y puestos en pié alrededor de una pila redonda, apartado uno de otro en igual distancia, que mirándose los unos á los otros, echan el

agua por la boca y cae en la misma pila; otro caño es una águila, asimesmo labrada puesta en medio de aquella pila sobre un pilar ó columna alta bien labrada, que echa el agua por la corona y subiendo algo alta, cae en la misma pila; el octavo caño es un leon de piedra asimesmo labrado, de talla, puesto en otro pilar mas bajo que el de la águila y delante de ella, en el borde de la pila mirando á fuera, el cual echa el agua por el medio de un escudo que tiene en los pechos, y arrójala de sí para adelante más de tres varas de medir, y cae en otra pila larga, á la cual por otros caños anchos va á parar toda la otra agua de la pila redonda, y de allí toman agua todos los indios é indias del pueblo. Esta fuente dicen que descubrió el Obispo de Michoacan, Quiroga (que tuvo nombre de santo) cuando estaba en aquella cibdad la catedral, y entónces se comenzó á edificar una iglesia muy grande, de diez ó doce naves, con tanta curiosidad y primor que por todas ellas se podia ver el altar mayor y las misas que en él se dijese, porque todas las naves iban á dar á la capilla mayor, al medio della, donde está el altar; llevaba mucha obra, y si se acabara fuera cosa insigne, pero no se acabó porque con mortandades y pestilencias faltaron muchos indios y se pasó de allí la silla á Valladolid, y así cesó todo; permanecen agora algunas de las naves enteras y paredes de otras, con parte de la capilla mayor, y cierto admira todo. Cuando se pasó la catedral á Valladolid quiso el Obispo (que ya era otro) pasar tambien allá una campana muy buena y grande, que los indios habian hecho; pero ellos la defendieron de tal suerte, que no bastó el Obispo ni nadie á sacársela; pusieronse en armas, y subieron la campana á un monte, y allí la guardaron muchos dias ellos y ellas, viendo el

Obispo y los españoles su porfia, y que seria por demás porfiar en quitársela, los dejaron, y así se quedó la campana en Patzcuaro, donde estaba, á la sazón que el padre Comisario pasó por allí, buena y sana: en la iglesia de Patzcuaro sobredicha, hay uno ó dos curas para los españoles y para algunos indios que tienen de visita, así dentro de la cibdad como en su contorno. Hay tambien en aquel pueblo convento de San Agustín y convento de la Compañía de Jesús, y hay convento de nuestra órden, el cual no estaba acabado, tenia hecho un cuarto de cal y canto alto y bajo, é ibase haciendo la iglesia; la vocacion de la iglesia es de San Francisco, nuestro Padre, moraban en él tres religiosos; visitólos el padre Comisario, y detúvose con ellos hasta el jueves siguiente. Los indios que están á nuestro cargo en aquella guardianía son tarascos y mexicanos tecos, todos caen en el Obispado de Michoacan.

*De los conventos de Queretaro, Salaya, Apaceo, San Felipe y Tuliman, y como el padre Comisario envió quien los visitase.*

Dicho queda ya, como queriendo el padre Comisario pasar el rio Grande é ir á visitar cinco conventos que están de la otra parte de Acambaro, á la banda del Norte, entre chichimecas y gente de guerra, fué detenido por los frailes y se lo estorbaron, no consintiendo que se pusiese en tal sazón en peligro y riesgo de su vida. Pues para que estos conventos no quedasen sin ser visitados,

visitado el de Patzcuaro, como dicho es, dió su comision para que los visitase el guardian deste sobredicho de Patzcuaro, buen fraile y religioso honrado, difinidor de la provincia, el cual fué y los visitó, y volvió con la visita; los conventos son el de Queretaro, el de Salaya, el de San Felipe, el de Tuliman y el de Apaceo, lo que se podrá decir dellos, segun la relacion que los guardianes dieron al padre Comisario, es lo siguiente.

El convento de Queretaro, cuya vocacion es de Santiago, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, tiene buen edificio de cal y canto, y es capaz de muchos religiosos, y por esto suele haber en él estudio de teología, ó de artes, ó de gramática, pero quando se visitó no se leia en él ninguna destas facultades, y así no habia sino cinco religiosos en él. El pueblo de Queretaro es muy fértil, fresco y vicioso de uvas, granadas y higos, y otras muchas frutas de Castilla. Es pueblo de mucha vecindad de indios otomies, con unos pocos mexicanos y otros pocos tarascos. Moran tambien allí y en aquella comarca más de setenta españoles que crian mucho ganado mayor y menor, y cogen mucho trigo, porque la tierra es maravillosa para todo esto; las casas y calles del pueblo son bien trazadas y concertadas, no hay en él ni en toda su comarca clérigo ninguno ni otro ministro de doctrina, si no solos nuestros frailes; es en lo temporal aquella tierra de la jurisdiccion de México (como lo es toda la demás de la parte de Michoacan) pero quanto á lo espiritual traian entónces pleito entre sí las iglesias de México y Michoacan. Está aquel pueblo doce leguas de Acambaro, y en el camino hay y salen indios de guerra.

El convento de Salaya, cuya vocacion es de la Con-

cepcion de Nuestra Señora, es pequeño, ibase entónces haciendo; moraban en él cuatro religiosos. El pueblo es villa, en la cual y en su comarca hay más de ochenta españoles y unos pocos de indios de diferentes naciones y lenguas, porque unos son mexicanos, otros otomíes, otros tarascos, otros matzaguas y otros chichimecas pamiés, todos estos caen en el Obispado de Michoacan, y están en tierra de guerra, y de todos, con los españoles, son ministros nuestros frailes; cógese por allí mucho trigo, que es comarca maravillosa para este efecto.

El convento de San Felipe es pequeño, hecho de adobes; moraban en él dos religiosos, está fundado en un pueblo del mismo nombre, en que residen como veinte soldados españoles, de presidio, por estar en el riñon de los chichimecas, cae en el Obispado de Michoacan y en la jurisdiccion de México, y por allí se pasa para ir de México á Zacatecas. Hay por allí algunas estancias de vacas, y no hay indios de visita sino son los criados de los españoles, de los cuales y de sus amos son curas nuestros frailes.

San Pedro Tuliman es una casita pequeña, hecha de adobes, con su iglesia; moraban en ella dos religiosos, los cuales tienen á cargo algunos indios otomíes, y unos pocos chichimecas, y están en aquella comarca otros destos en sus rancherías, sin pueblo y sin casas. Está fundado aquel convento en un pueblo del mismo nombre, en el cual hay dos soldados de presidio, porque está metido entre chichimecas. Hay por allí algunas estancias de vacas, y dándose muchos y muy buenos higos; cae en la jurisdiccion de México y en el Obispado de Michoacan.

El convento de Apaceo, que se llama San Francisco,

es pequeño, hecho de adobes, con su iglesia, todo de terrados; moraban en él dos religiosos, los cuales tienen á cargo algunos indios otomíes, tarascos y mexicanos, y nueve ó diez españoles; tiene tres pueblos de visita, y todos, con la cabecera, caen en tierra de guerra, cercados de chichimecas, y son de la jurisdiccion de México y del Obispado de Michoacan. Hay por allí algunas labranzas de trigo y muchas estancias de vacas, dándose uvas, granadas y membrillos y otras frutas de Castilla, y pasa un rio de vagres por junto al mismo pueblo de Apaceo.

*De como el padre Comisario general prosiguió su visita, y de la laguna de Cintzuntza.*

Volviendo á la visita que iba haciendo el padre Comisario general, el cual quedó en Patzcuaro, como atrás queda dicho, visitado aquel convento salió dél viernes treinta y uno de Octubre, ya de dia claro, y caminando alrededor y por junto de la laguna que llaman de Cintzuntza, y pasadas algunas ciénagas y malos pasos, y cuatro ó cinco poblezuelos, visitas de clérigos, de los mismos indios y Obispado, y andadas dos buenas leguas, llegó á otro poblecito llamado Tacupan, de la guardianía de Cintzuntza, donde los indios le salieron á recibir con música de trompetas, y á tomar su bendiccion. Media legua antes de llegar á aquel pueblo está un molino, en el cual se muele todo el trigo que se coge por aquella tierra, alrededor de la dicha laguna,

que es mucho y muy bueno, y especialmente hay una especie de uno que llaman siete espigas, porque en cada una de sus espigas tiene siete, una en medio, que es la principal, la cual es grande, y de ella salen á los lados otras seis pequeñas, tres al un lado y tres al otro; la agua con que muele aquel molino nace ménos de veinte pasos dél.

Dadas á los indios de Tacupan las gracias por su devocion, pasó el padre Comisario adelante, y andada otra legua llegó al pueblo y convento de Cintzuntza, donde se le hizo muy solemne recibimiento de muchas danzas y bailes, mucha música y ramadas y infinita gente. Es aquel pueblo de grande vecindad de indios tarascos, y hay entre ellos algunos mexicanos tecos, toda es gente política y curiosa á su modo. Hácense allí, y en toda aquella guardianía, trompetas y chirimías, lábranse xícaras, mesas y escritorios muy galanos, hay muy buenos pintores, y hácese muy buenas cuerdas y disciplinas: todos andan bien tratados, y son muy devotos de nuestro estado. Dicen los indios que aquel pueblo solia ser la cabecera de todo aquel reino, y que allí residía y tenia su asiento el rey de aquella tierra, y que solia ser de grandísima población. Este pueblo con los demás de la guardianía, que tambien son de indios tarascos, caen en el Obispado de Michoacan. Está fundado Cintzuntza como un tiro de arcabuz de una laguna muy grande, de mucha pesca, por la cual se decia y aun dice en lengua mexicana, Michoacan, lugar de pescado, y de allí, como aquel pueblo era la cabecera, se llamó y llama toda la provincia, Michoacan, como atras queda dicho. Es aquella laguna muy grande, en forma de herradura, tiene de box más de veinte leguas, hay en ella nueve isletas, las cinco pobladas de

indios, y las otras no; una de las pobladas es de la guardianía de Cintzuntza, y tiene treinta vecinos, está media legua de tierra firme, y dos del convento; tómasse en aquella laguna mucho pescado blanco, mas delicado que sustancioso, y mucha suma de unos pescadillos pequeños; y lo uno y lo otro se estima mucho y se lleva hasta México: usan los indios de muchas canoas, en las cuales pescan con cañas y anzuelos y con redes. Dánse en aquel pueblo de Cintzuntza muchos higos, manzanas, duraznos, uvas, membrillos, granadas, naranjas, cidras, limas y limones, y nueces de Castilla de nogales de la tierra injertos. El convento es bueno y estaba acabado, hecho de cal y canto, con su claustro, dormitorio é iglesia, la cual tiene un retablo muy vistoso; hay dentro en casa un algive de agua llovediza, y una buena huerta, y en ella muchas y muy grandes higueras que llevan gran suma de higos maravillosos, y algunos nogales de Castilla y otros de la tierra, de los cuales y de su fruta se dirá adelante. Moraban en aquel convento dos religiosos, visitólos el padre Comisario, y detúvose con ellos hasta los ocho de Noviembre; la vocacion de aquel convento es de nuestro Padre San Francisco.